

EL CATEQUISTA

Dirección y Administración:

Muy Ilre. Sr. Arcipreste
de la S. I. C. B.
PALACIO EPISCOPAL

Precios de suscripción:

	Pesetas.
Trimestre.	1,50
Semestre.	3
Año.	5

AÑO II.

Cuenca, 19 de Septiembre de 1907.

Núm. 38.

El peor de los Gobiernos.

Ya indicamos antes que el peor de todos los gobiernos era el gobierno constitucional ó parlamentario. Trataremos ahora de probarlo con toda claridad. Pero antes es preciso ampliar la noción de tal forma de gobierno, y decir algo del modo que tiene de funcionar.

Apóyase este gobierno representativo en el principio absurdo asentado por Lok y por Rousseau de que el pueblo es el sujeto en que radica la suprema autoridad pública, y esto de una manera inalienable. Por lo tanto, si el pueblo nombra un rey ó presidente de república para que desempeñe el cargo de superior de la nación, es solamente para que reine y no para que gobierne: según aquel otro principio de este sistema. *El rey reina, pero no gobierna.* Son, pues, el rey y el presidente de república, unos simples delegados del pueblo, y á lo sumo los primeros magistrados de la nación; pero siempre dependientes de la voluntad del *pueblo soberano* que les puede, cuando quiera, retirar los poderes que les había otorgado.

Quien gobierna, pues, en esta clase de gobiernos es el pueblo; el cual, como por sí mismo no puede gobernarse, lo hace por medio de diputados, á quienes elige para que lo representen en la forma y tiempo determinado de antemano. Estos diputados forman la Cámara legislativa, llamada en España el Congreso.

Suele haber también otra clase de representantes, elegidos unos por el pueblo, otros por el rey, otros por ciertas clases sociales, y otros que lo son por derecho propio; que es á lo que llamamos en España senadores; y Senado á su reunión y al lugar donde se re-

unen. Pero que en realidad no son de necesidad para el mecanismo del sistema constitucional.

Lo que sí es de necesidad es el pacto entre el rey y el pueblo, por medio de las cortes, en cuya pacto llamado constitución, se establecen las leyes fundamentales de la sociedad civil, á las cuales han de ajustarse el rey, las cortes, los ministros y el pueblo, y cuyas leyes no pueden modificarse sin el mutuo acuerdo entre las cortes y el rey.

De lo dicho resulta que el rey, la constitución y las dos cámaras de senadores y diputados forman el organismo con que funciona el sistema parlamentario.

Las leyes deben ser discutidas y votadas por ambas cámaras (donde las haya); deben ser después firmadas por el rey, y refrendadas y llevadas á su ejecución por los ministros. Al rey se le concede la facultad de nombrar y destituir á los ministros, y éstos deben responder ante las cámaras, y aun ante el pueblo, del cumplimiento de las leyes.

Si la gestión de los ministros no satisficiera á la mayoría de los diputados, éstos pueden negarles el voto que llaman de confianza, ó también derrotarlos en la votación de los proyectos de ley propuestos por aquéllos; y entonces el rey debe destituir á aquel ministerio que no es del agrado de la mayoría, ó sea del pueblo, á quien ésta representa, y nombrar otro ministerio nuevo, sacado de la parte donde está la mayoría, ó la llamada opinión pública. Por eso se le concede al rey la potestad de destituir y de nombrar ministros, y de suspender las cortes y convocar por las elecciones otras nuevas. Pero los ministros acostumbran á poner la dimisión antes de ser destituidos, y cuando ven la cosa mal parada.

Por este organismo se propone el sistema parlamentario guardar cierto equilibrio legislativo entre el pueblo, ó las cortes y el rey.

De igual manera trata de hacer en la milicia: por eso la regular está sujeta al rey y á los ministros, especialmente al de la guerra, y la otra milicia, llamada nacional ó cívica, está á disposición del pueblo.

Cosa parecida ha introducido este sistema en la autoridad ó ministerio judicial. Hay jueces de derecho que representan las

leyes firmadas por el rey, y hay jueces de hecho que representan al pueblo; los cuales forman lo que llamamos el jurado.

—

Por último, para que el pueblo ejerza su autoridad sobre sus delegados, se le otorgan toda clase de libertades, de escribir, de hablar y de protestar contra su gestión legisladora, y lo mismo contra la ejecutora de los ministros. De aquí mana la absoluta libertad de la palabra, de la cátedra, del *mitin*, del club, de la prensa, de asociación, de formación de partidos, etc., con todo lo cual se forma la casi siempre mal llamada opinión pública, que tiene en este sistema fuerza avasalladora. Por eso también los diputados tienen derecho inviolable de decir en el congreso lo que bien les convenga, y de atacar á los ministros responsables; pero jamás á la persona del rey, que es intangible. Tal es, en sustancia, el Gobierno constitucional. Tiene, no obstante, en cada nación sus diferentes matices, y los tiene con harta frecuencia en una misma nación, con el cambio de constituciones, cual nos ha sucedido en España.

—

Visto el mecanismo y funcionamiento del *régimen representativo*, decimos y probaremos *que es el peor de todos*.

En efecto. Los principios en que se funda este sistema, son: la *soberbia del pueblo*; el *pacto social*; y la inalienabilidad de la autoridad popular; principios que, según demostramos arriba, son antirracionales, antisociales, y antihistóricos. Y, por tanto, es imposible que apoyándose en ellos pueda andar la sociedad bien gobernada; porque el mal árbol no puede dar buenos frutos; y de fuente viciada no puede manar agua cristalina.

La historia nos demuestra que en realidad es así. Dice el sistema que el rey reina, pero no gobierna; y que el pueblo ó las cortes gobiernan, pero no reinan; y entonces ó sobra el rey ó sobran las cortes. ¿Para qué un rey que no gobierna? ¿Sólo para cobrar la llamada *lista civil*? Para esto bendita falta que hace el rey; ya los ministros se encargarían de ella. Y ¿qué es un rey que reina y no gobierna? Una pura farsa.

Por eso en este sistema, según nos lo declara la historia, se verifica una de estas dos cosas: ó que de hecho el rey reina y también gobierna, y entonces los ministros y las cortes no son más que sus auxiliares; ó que gobiernan y también reinan las cortes,

es decir, el partido que está en el poder, y aun mejor el jefe del partido, por aquella natural tendencia que todos los seres tienen hacia la unidad de autoridad; y entonces está de sobra el rey. Porque las funciones todas del rey las desempeña el cabeza político del partido; excepto la de sentarse en el trono.

Pero en realidad quien reina y gobierna, si quiere hacerlo, es el rey. Porque los ministros están á sus órdenes, y las cortes á las del ministerio: luego ministros y cortes están, en su mayoría, á disposición del rey. De modo que todo ese mecanismo del sistema parlamentario resulta poco menos que inútil; y siendo inútil es altamente perjudicial y gravoso á la nación.

Pues de las leyes que salen de las cortes, ¿qué diremos? Para legislar se requieren hombres distinguidos por su ciencia, por su probidad, por el manejo acertado de los asuntos del reino, y por el conocimiento de las necesidades del país y de sus adecuados remedios. ¿Cómo podrán, pues, dar leyes sabias unos diputados que pueden ser elegidos de entre todas las clases del pueblo y que no conocen más que los instrumentos de su oficio ó las intrigas de la política rastrera?

Porque, ciertamente que según los fundamentos de este sistema de gobierno, todos los ciudadanos, sin distinción de sexos, ni de clases, ni de edades, tienen derecho al sufragio, tanto activo como pasivo; pues el sufragio debe ser absolutamente universal; y todos, por consiguiente, pueden ser electores y elegidos. Claro es que esto de hecho no sucede en ninguna nación, pero es porque el sistema es de suyo irrealizable por absurdo, y de ahí nacen las inconsecuencias que en el planteamiento de él cometen las constituciones de los estados, al establecer que unos ciudadanos pueden ser electores ó elegidos para diputados y otros no.

De todos modos, lo que todos vemos por la observación, es que el Parlamento no es, ni con mucho, un conjunto de Salomones, ni siquiera de hombres á toda prueba honrados. Por eso, de lo que menos se cuidan los diputados es de confeccionar buenas leyes; y es lo mejor que pueden hacer.

Quien legisla en realidad es el ministro de cada ramo ó el presidente del Consejo, y los diputados de la mayoría no hacen otra cosa que apoyar con sus votos al ministerio y aprobar las leyes propuestas por el primero.

Mas, como en este sistema, dicen que deben existir por lo menos dos partidos turnantes, y así suele exigirse en la práctica, y el ministro tiene que mirar por los intereses y aspiraciones de su partido, resulta que en realidad las leyes no serán para bien de la nación, sino para bien especialmente del partido que está en el poder. Y cuando cae el ministerio, y con él el partido á que pertenece, sube otro partido, y con él otro ministerio y otras nuevas leyes, contrarias casi siempre á las del ministerio anterior.

Con semejante forma de proceder ya se comprende que es imposible que salgan de las cortes leyes sabias y justas.

—

Cosa igual, y aun peor, si se quiere, sucede en el orden ejecutivo. Los ministros son en teoría los responsables ante el parlamento de la fiel ejecución de las leyes; pero en la práctica no responden á nada. Su principal habilidad consiste en tener contenta y propicia á la mayoría de las cortes. Y para conseguirlo no dudan sacrificar las leyes y los intereses del país, con el intento de proporcionar sueldos y remuneraciones inmerecidas á los diputados adictos, á los caciques y amigos ó favorecidos de ellos: no dudan comprar los periódicos para que alaben, ó por lo menos, no ataquen su gestión, cosa que escandalosamente hemos visto descubierta con el nombre tan significativo de *fondo de reptiles*; y no dudan, por último, dejar en la calle con la cesantía en la mano á hombres probos encanecidos en su empleo. Cosa esta que se aumenta en quinto y tercio con el turno de los partidos militantes, y que se extiende con inmenso perjuicio de la sociedad, no sólo á los diferentes ramos de administración, sino también á la enseñanza y á la milicia. Con este escandaloso trasiego de empleados, de profesores y militares, son imposibles el orden social, la buena marcha de los asuntos y el buen estado de la hacienda pública. A cuyos males hay que agregar la plaga social de la *empleomanía*, hija legítima de los gobiernos representativos; plaga que forzosamente produce dos horrendos males sociales: una detestable administración de las cargas públicas, y una irremediable vagancia, á la que se sigue la mendicidad ó quizá el latrocinio.

—

Los males de este régimen son aún mayores en el *orden judicial*.

Sólo la institución del jurado, por la cual se pone la suerte de

la justicia en manos de hombres ignorantes y venales, es más que suficiente para desacreditar un sistema de gobierno que lleva en su programa semejante desacierto. Mas, como el jurado merece capítulo á parte, en donde poner de relieve su ridiculez y maldad, por eso no hablamos ahora más de tan extraña institución.

Sólo diremos, para terminar, que los jueces en este sistema han de estar, por exigencias de la política, supeditados á la voluntad de los caciques, so pena de ser trasladados al rincón más escondido y más lejano de la nación.

Este es un hecho á todas luces tan innegable como inicuo y perturbador de la justicia y bien sociales, y tal hecho es uno de los mayores daños que causa á los pueblos el funcionamiento del gobierno parlamentario.

Y como los daños referidos no los produce, á lo menos en tanta intensidad, ninguna otra forma de gobierno, se sigue bien claramente que el parlamentario ó constitucional es el peor de todos los gobiernos.

Demófilo.



Causas de la incredulidad actual **y medios de adquirir la fe.**

(Continuación.—Véase la pág. 581).

Juntamente con esta ignorancia universal, tiene la fe por enemiga á una ciencia, hinchada, vana, y soberbia, la cual, desde el principio del cristianismo, ha sido siempre hostil y contraria á toda creencia. Podríamos recorrer en el vasto campo de la Historia los ataques de los filósofos de Grecia, Roma y Alejandría, y después la sucesión de los heresiarcas Arrio, Focio y Lutero. Siendo esto no más que el preludio, paso rápidamente sobre tales hechos para llegar al hecho capital, á la gran conspiración de los hombres llamados de genio y de ciencia, reunidos en un pensamiento de unión para declarar guerra perpetua al cristianismo, llamando en términos propios al Hijo de Dios, delante de quien debe doblarse toda rodilla sobre la tierra, en el cielo y en los infiernos, señalándole con el nombre (¡Dios nos perdone tal blasfemia!) de *infame*, convocando á toda la humanidad para destruir sus altares, y la Europa entera respondiendo á esta conspiración

de la incredulidad constituida en una verdadera potencia. Este hecho no se ha visto en ninguna parte, ni entre los mahometanos, ni en ninguna otra religión por miserable que fuese; es particular del cristianismo, mejor todavía, de la Iglesia Católica, fortaleza y baluarte á que se dirigen todos los ataques de la ciencia moderna; y tal hecho es verdaderamente sorprendente y debemos exigir que sorprenda á todos.

La ciencia soberbia quiere mandar, es tirana, y como todo tirano, quiere esclavizar, imponiendo á las inteligencias no ya la hermosura de la verdad, sino las fábulas más caprichosas y los sueños más delirantes. Todo hombre de ciencia saborea un placer inmenso reuniendo en derredor de él inteligencias, con las cuales pueda formar escuelas, regirlas y satisfacer la ambición espiritual de dominar en el mundo por la fuerza de la gloria. Contra esta ambición se levantó Cristo, Hijo de Dios vivo. Un día reúne á algunos pescadores que echaban sus redes á la orilla de un lago; otro día les dice: «Id y enseñad á todas las gentes». Y otro día, hallándose congregados estos pescadores en un aposento, pasa sobre ellos un soplo, bajan á las plazas públicas, hablan, reúnen miles de hombres en derredor de su palabra, y desmoronan el edificio de la ciencia y de la Religión pagana, pues á estos pequeños, y á los sucesores de éstos, también pequeños, ha sido transmitido el cetro de enseñar, el más elevado que existe en el mundo.

Esta arrogancia no la pueden perdonar los orgullosos sabios que únicamente fundan el poder de la enseñanza en los libros y en los boletines de bibliografía, y llenos de envidia, fuertes en la soberbia más diabólica, inventan miles de sistemas, ridiculizan nuestros dogmas, se burlan de nuestras verdades y claman á Dios ante el pobre tribunal de su razón. De aquí ese afán de demostrar, de evidenciarlo todo, y viéndose en muchas cosas y misterios impotentes para conseguir la evidencia tan deseada, ó que se les escapan ciertas ideas al análisis y á la experiencia, vienen á parar á un escepticismo desconsolador, al brutal panteísmo, y por fin á un materialismo intratable. La juventud ansiosa escucha á estos sabios, lee ardorosa sus sistemas y poco á poco huye de su alma la virtud de la fe. Es imposible decir cuántos males y ruinas causan en el mundo estos sabios, llenos de pretensiones, y que, teniendo una razón limitada y pobre, quieren comprenderlo todo, y que todo se sujete á la estrechez de un si-

logismo ó al análisis de unas retortas. Para esta ciencia orgullosa nada vale; ni la fuerza de la autoridad, ni el testimonio de ciertos hechos universales, ni la voz hermosa y simpática de la conciencia.

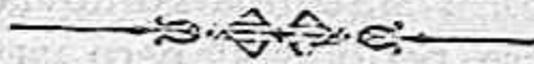
Es más: cuando se encuentran con un hecho evidente, pero que no tiene explicación natural, usan de todas las mentiras, se arman con las más torcidas intenciones y concluyen por burlarse de la misma ciencia que tanto aclaman y glorifican. Esta ciencia produce en muchos espíritus las mayores dificultades para el acto de creer, porque se apoya en la soberbia, y esta gigante pasión produce un humo tan espeso que quita á la inteligencia la vista luminosa que necesita para descubrir la verdad. Dios, objeto de la fe, habita en una luz espléndida, y la ciencia puramente humana é independiente de todo jugo y de toda autoridad se asienta en tinieblas, y nada más opuesto que la luz y las tinieblas.

La fe, por otra parte, pide al hombre algún sacrificio intelectual, y el hombre de la ciencia animal, para usar el sublime lenguaje de la Escritura, tiene tan vivo el sentimiento de la individualidad, que jamás se sujetará á una soberanía; si bien es cierto que huyendo por la soberbia de la legítima dependencia de Dios, viene á caer en la esclavitud vergonzosa de estar sujeto á las más groseras tendencias que hay en su ser. Sí, hay que decirlo muy alto: la ciencia actual incrédula quiere quitarnos la libertad de la verdad; quiere sustituir en el imperio de las almas á Cristo Dios por el vergonzoso capricho intelectual; en una palabra, quieren ellos que tantos himnos cantan á la libertad, imponer su tiránico yugo á toda la humanidad, á la que quieren emancipar del legítimo y santo dominio de Dios. No obstante este furor, los hombres de fe no deben atemorizarse, y para ello deben tener siempre en la memoria las valientes palabras de San Pablo: «Escrito está: yo perderé la sabiduría de los sabios y desecharé la prudencia de los prudentes. ¿En dónde está el sabio?, ¿en dónde el prudente?, ¿dónde el escudriñador de este siglo? ¿No hizo Dios loco el saber de este mundo?» Y no contento con tan hermosa ironía se regocija en la idea de la imbecilidad personal, y exclama: «Y así, hermanos míos, ved vuestra vocación que no sois muchos sabios, según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles: mas las cosas locas del mundo escogió Dios para confundir á los sabios, y las cosas flacas del mundo escogió Dios para confundir á los fuertes;

y las cosas viles y despreciables del mundo escogió Dios, y aquellas que no son para destruir las que existen». Estas palabras demuestran la divina misión de la Iglesia, y que conviene que seamos locos y pequeños para Jesucristo, pues de este modo triunfamos sin herir el amor propio y estamos armados con aquella fuerza divina que Dios ha querido dar á nuestra debilidad. Por esta razón la verdadera ciencia que no hincha, sino que es humilde, viene en auxilio de la fe, y es consolador que los hombres de mayor talento y de más cultura vienen por fin á hermosear con sus laureles el gran edificio católico y á rendir el tributo de sus esfuerzos y de sus vigiliás á la fe católica, que al fin se impone y atreve á los espíritus verdaderamente elevados, y que, cultivando la ciencia, sólo tienen la noble y levantada aspiración de nutrir sus inteligencias con el hermoso pan de la verdad.

Angelín.

(Continuará).



¿E PUR SI MUOVE?

El fin de algunos... tontos.

Nada, que Juanito se iba por la posta. *¡No tenemos hombre para veinticuatro horas!* había dicho el médico al retirarse. Pero la más negra era la que venía detrás, como decía el gitano del cuento. ¿Quién era el majo, ó mejor aún, la maja, que se atrevía á decir á Juanito que tenía las horas contadas?; pues Juanito, como muchos de los enfermos que se hallan á dos dedos de la muerte, se creía tan lejos de ella como un poeta de tener dinero.

A ti te toca el prepararle á recibir la noticia, decía D.^a Sofía á su hija Irene, la cara mitad del pobre moribundo.

—¿Yo, mamá? Ni por pienso: eso será clavar un puñal en el pecho de mi Juanito; y al decir esto, soltó todas las cataratas de sus ojos y las perlas de sus lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Vamos, no seas tonta, Irenita. Hay que hacerlo y pronto. Ya ves tú, ¿qué diría la gente si lo dejáramos morir como un perro?

Y madre é hija, hija y madre, á pesar de todos sus deseos, por temor de amargar los últimos instantes de aquella existencia, tanto esperaron á preparar al enfermo á recibir los últimos Sacramentos, que cuando se decidieron á acercarse al lado del moribundo, éste no era más que un leño inerte...

Y entonces fué el correr á la parroquia, el llamar al sacerdote,

el andar desaladas por la casa, el tocar el cielo con las manos y el... irse al otro barrio el pobre Juanito sin confesión.

Has de saber, lector benévolo, que Juanillo Robles era ya un hombre que frisaba en los cuarenta; modelo de finura y bondad; tipo de esposos que cifraba en solo su esposa todo el amor que hubiera repartido entre sus hijos, si el cielo se hubiera dignado concedérselos. Era, además (y aquí viene todavía la más negra), *periodista, redactor* de un periódico de esos tan en boga en este siglo de las anchas tragaderas, como ha dicho un ilustre publicista.

Quiero decir que ese periódico donde escribía nuestro héroe, llamémosle así, era la caja de pandora donde tenía cabida desde el folletín de Zola hasta el elogio de las obras de Santa Teresa; donde lo mismo se aspiraba el olorcillo á azufre del infierno, que el suave perfume del incienso; donde así se anunciaba el jubileo de las *cuarenta horas* como la función más pornográfica; donde, por último (pues de esto habría mucho que hablar), al lado del discurso de Lerroux ó de Canalejas, estaba el sermón del P. Jesuíta.

¿Quieres que te diga quién era Juanito, al decirte que era el redactor jefe de tal periódico? Y sin embargo llovía... y sin embargo, tenía buen fondo el pobre periodista; pero ya se ve: influencias, compromisos, intereses... qué se yo cuántas cosas más le habían hecho llevar una vida nada cristiana y salir de este mundo, si no con el alma negra como un tizón, al menos sucia á fuerza de manejar tantos colores, desde el rojo rabioso hasta el blanco de la azucena, y sobre ese color indeciso que lo mismo puede ser gris que pardo, y que tira siempre á *lila*.

Un día (estábamos en el año jubilar de la Inmaculada) se hallaba mi hombre escribiendo un artículo para su periódico, cuando se le acercó su joven esposa, y con tono melindroso le dijo estas palabras:

—Pero, hombre, ¿cuándo vás á ganar el jubileo?

Juanito que era incapaz de romper lanzas con nadie, aunque tenía tantas ganas de eso del jubileo como de que le sacaran una muela, contestó sonriendo á su bella cónyuge:

—Y ¿qué hay que hacer para *sacar ese jubileo*?

—Mira, no estoy muy enterada; pero creo que hay que confesar y comulgar, hacer alguna limosna, ó ayunar... nada más.

—Pues ya lo pensaré, *pichona* mía, pues ahora estoy muy ocupado con este articulejo.

Aquella noche pensó Juanito en su alma: hacía mucho tiempo que no lo hacía y propuso ganar el jubileo.

¿Con qué confesor? se decía para su capote... Eso de confesar es algo durillo. ¿Quién se acuerda ya de tal cosa?... ¿Ayunar?... ¡Para ayunos estamos! ¿Limosna? ¡Eso es harina de otro costal!... Y ¿cuánta? ¿Cien pesetas? Me parece mucho... ¿Cincuenta pesetas? Caro me saldría el tal jubileo... Nada, á lo de la limosna de... cinco

pesetas me atengo, que, como oí hace algún tiempo á un predicador: «*Peccata tua eleemosynis redime*». ¡Negocio redondo!

Diz que aquella noche se la *tiró* Juanito sin rechistar, si no con la tranquilidad del justo, al menos con la *bonhomie* del necio.

Al día siguiente se echó mi periodista en el bolsillo del pantalón cinco pesetas en calderilla; y á este cinco, y á ese otro diez, al de acullá veinte y al de más allá veinticinco céntimos, en un abrir y cerrar de ojos repartió entre los pobres los quinientos céntimos que encerraban las cinco pesetas y... se salvó la patria.

*
**

Cuando Juanito franqueó los umbrales de la eternidad se encaminó, piam, pianito, hacia la portería del cielo, á ver si San Pedro le admitía en la gloria.

—Buenos días, San Pedro, (exclamó al verle sentado entreteniéndose en hacer rosarios).

—¿Qué vientos le traen por acá? (preguntó algo malhumorado el apóstol, que, según dicen malas lenguas, es de genio algo vivo y tiene malas pulgas).

—Quisiera que tuviera usted la bondad de abrirme la puerta.

—¿Sin más ni más? Pues bonito es el hijo de mi madre para dejar colar de rondón á cualquiera sin examinar los pasaportes.

—Usted me ofende... mis papeles están en regla.

—Vamos á verlo.

Y esto diciendo, entróse dentro de la portería y salió al instante con un libro muy grueso.

—¿Cómo te llamas?

—Juan Robles, para servir á Dios y á usted.

—Juan... Juan... Robles... *periodista* (y al leer esto hizo el santo apóstol un gesto como quien ha olido y no á ambar). Malo, hijo, periodistas, como no sean abiertamente católicos, hay pocos en estas tierras. Con todo, veamos...; algunos capítulos hay contra ti.

—¿Contra mí? Si yo...

—*Debilidad en defender los derechos de la Iglesia.*

—Sí, eso es verdad, pero hace poco, con motivo del jubileo de la Inmaculada... dí... cinco pesetas de limosna...

—Bien está eso: además, aquí leo: *Elogios á escritos y personas enemigas de Cristo y de su Iglesia.*

—Y ¿qué iba á hacer?... pero ya he hecho *penitencia* y dado... cinco pesetas de limosna.

—*Quebrantamiento de los mandamientos de Dios.*

—Alguna que otra vez... pero ya he dado... cinco pesetas de limosna...

Algo amostazado el santo portero y acercando el libro á Juanito, que temblaba como un azogado:

—Lee, gritó, y dime: ¿Qué respondes á tantas blasfemias, ca-

lumnias, escándalos, malos ejemplos, robos... de que tú y tu periódico habéis sido causa?

—¿Yo, yo? (suspiró el infeliz) No sabía... pero si lo he hecho... también he dado... cinco pesetas de limosna.

Metióse, al oírle, la mano en el bolsillo San Pedro, y sacando un duro en una pieza:—Toma, le dijo al periodista, ahí tienes tus cinco pesetas; ya no te debo nada; ¿tan barato creías tú comprar el cielo? ¡Fuera de ahí, farsante!

Y Juanito, dando vueltas por los espacios, cayó en las profundidades del infierno, entre las risotadas de Satanás y los estériles llantos de sus sensibles esposa y mamá política.

Lu Ca.



Metralia

Metralia, y en gordo, merece todo lo que huele á liberalismo: pues el liberalismo y sólo el liberalismo es la causa de todos los males que agitan y traen en revuelto torbellino á las modernas sociedades.



¡Qué cándidos, qué *bobalicones* y que *pípies* son todos aquellos que de *buena fe* comulgan en las ideas liberales!

¿Será posible que haya quien crea que los padres del liberalismo no respiran odio sectario hacia la religión, sino que sólo desean que el hombre sea libre?

Cualquiera dudaría ante esta pregunta; pero, triste es decirlo: existen hombres, é ilustrados y hasta piadosos, *inclusive*, que, sugestionados con la charla hipócrita de los oradores y publicistas liberales, caen en el *garlito* cual cae el inocente pajarillo en oculta red atraído por los cadenciosos y melifluos trinos del reclamo.



No; no es dar igual libertad á todo el mundo la finalidad que los liberales persiguen ¡Bien claramente lo demuestra su táctica!

Con el tiempo maduran las uvas y adquieren su propio color, ha dicho no sé quién, y con el tiempo han madurado los planes de los partidarios del *librepensamiento* y se han manifestado tales cual son.

¡Qué buen testigo es el tiempo!



No me extraña que, cuando el liberalismo era incipiente, haya habido quienes, no parando mientes en las terribles consecuencias

que latían en las premisas por el liberalismo sentadas, se hicieran liberales *de buena fe*, sin duda arrastrados por el entusiasmo desbordado y desbordante, que supieron despertar el bombo y los platillos al son del himno de Riego; pero que haya liberales de *caletre* y que estén convencidos de la licitud y veracidad de su sistema, precisamente en estos tiempos en que vemos con una claridad más que meridiana el punto hacia el cual apuntan los liberales, ¡oh!, eso sí me extraña, y me extraña porque eso es ya el colmo de *la miopía moral*.



—¿Es Ud. liberal? Pues, una de dos: ¡O es Ud. un grandísimo *pillín* ó un solemne *bobo*!

—¡Ojito con lo que se dice! ¡Eso es metralla de mal género!

—¡Que sea! ¡Yo no la disparo; es la lógica! ¡Después de todo *las cosas claras y el chocolate espeso*! Y si no, vamos á cuentas: ¡Quítese Ud. el sombrero, que le voy á medir el *ángulo*!



—Resulta que tiene Ud. dos dedos de frente, y, sin embargo, es Ud. liberal, ¿no es verdad?

—¡Sí, señor, liberal por la *gracia de Dios*!

—¡Tenga Ud. cuidado no sea por la del demonio, que es muy fácil!

—¡Sea por la de Dios ó por la del demonio, yo soy liberal hasta la médula!

—Muy bien: ¿Y Ud. no ha notado que desde que los liberales han implantado sus libertades de perdición, el *socialismo*, el *comunismo*, el *anarquismo*, el *masonismo* y todos los *ismos* y los *ismitos*, hijos y nietos de ese señor de negros bigotazos que llaman liberalismo, no sólo nos han dejado á pan pedir y sin camisa; no sólo han arrancado la piedad del corazón del honrado español; no solamente han borrado el heroísmo legendario de los hijos de la decantada Iberia, sino que, además, nos han robado la paz y la seguridad públicas, merced al puñal, á las pedreas y á la dinamita que á diario salpican de sangre las calles de nuestras principales poblaciones, sin respetar ni á reyes, ni ancianos, ni seres inocentes, y haciendo burla de lo más santo y más sagrado? ¿No ha notado Ud. todo esto?

—Sí, señor; eso se sabe con sólo registrar la prensa, que pone los pelos de punta al narrar tan tremendas salvajadas.

—Y, no obstante, Ud. sigue siendo liberal, ¿eh? Pues algunos bienes le vendrán, ó esperará que le vengan con esa gracia. ¡Qué *pillín*!... Y si no es Ud. liberal por lo que le pueda venir por ese camino, peor para Ud.; entonces es Ud. no un *pillín*, sino un *pillito grande*, ya que sin utilidad alguna, y sólo por el gusto de ha-

cerlo, fomenta Ud. el mal, siendo partidario de un error el más funesto.



¿Milita Ud. de buena fe en las filas del liberalismo, creyendo que sólo intenta dar igual libertad á todo el mundo? Pues, aparte de que el dar igual libertad al error que á la verdad es pecaminoso, siento decirle que está Ud. equivocado.

No; no intenta el liberalismo dar los mismos derechos á la verdad que al error, sino que su táctica va encaminada á esclavizar la verdad y á hacer que triunfe el error.

Ayer se gritaba á voz en cuello: ¡Libertad para todo el mundo! Hoy se vocea á los cuatro vientos: ¡Libertad para nuestras doctrinas y abajo el que no piense como nosotros! ¡Viva la libertad! ¡Abajo los frailes, los curas, las monjas y todo lo que huelga á clericalismo! ¡Fuera el catecismo de las escuelas! ¡Abajo el Crucifijo de los colegios! ¡No más antiguallas!

Esta es la marcha del liberalismo: desde la libertad pasar á la tiranía opresora de la religión.

Y, si no, para muestra allá va lo que está sucediendo en Italia, en la católica Italia, tal y conforme lo comunican desde Roma á un periódico de esta localidad:

«Un nuevo insulto dirigido contra monseñor Merry del Val, pone de manifiesto la necesidad de adoptar medidas enérgicas contra los fanáticos anticlericales. Durante el transcurso de veinte días, á contar desde la llegada del Cardenal á Castelgandolfo, se han registrado tres casos de bárbara insolencia, en que figuran como actores varios individuos anarquistas. El Cardenal parece tranquilo con el reposo propio de la temporada veraniega.

Cuando sale á paseo, los sencillos moradores del pueblo le tributan la ofrenda de sus respetos. Pero allí están de acecho los odiosos adversarios. Pasa veloz el coche del príncipe eclesiástico y desde la plataforma de un tranvía los perturbadores le señalan con el dedo profiriendo amenazas é improperios.

Afortunadamente, la policía se entera y detiene al autor de la provocación, á pesar de que sus amigos y compañeros protestan y tratan de ampararle.

Para atenuar la responsabilidad penal, los periódicos radicales declaran que el detenido se hallaba en estado de embriaguez. En cambio, muchos testigos oculares contradicen este aserto.

Más lógico y natural parece ver en los ultrajes dirigidos contra el Cardenal Secretario de Estado, una consecuencia de la agitación antireligiosa mantenida por las campañas de la prensa.

Esto, no obstante, á fuerza de mucho mal suele venir algún bien. Cada vez que se produce uno de estos lamentables incidentes, congégase en las cercanías del palacio del Cardenal todo el

pueblo de Castelgandolfo prorrumpiendo en calurosas aclamaciones.

Entretanto, los menguados grupos de anarquistas y socialistas ensayan contra-manifestaciones y caen en manos de los agentes de policía».

¡Lo ven ustedes!

¡No lo decía yo!

Granada.

Noticias.

DE ESPAÑA

Burgos. El comerciante de esta capital D. Enrique Murtra y Figueras, después de haber vivido apartado de la fe que profesó en el Bautismo, ha hecho su primera Comunión, leyendo en público una hermosa confesión de fe, que publica en uno de sus últimos números nuestro estimado colega *El Castellano*, de dicha capital.

Que el Señor conceda el don de la perseverancia al recién convertido.

DEL EXTRANJERO

Italia. Firmada por el presidente de la Unión electoral de católicos italianos, se ha dirigido á los diputados del Parlamento italiano y Sociedades adheridas á aquélla, una valiente circular, donde se protesta de las calumnias acumuladas contra los religiosos y de la pasividad y á veces parcialidad de las autoridades, evidenciada con motivo de la vergonzosa campaña emprendida por el anticlericalismo italiano.

El periodista Brozi, director del *Pensamiento Liberal*, órgano del anticlericalismo, ha muerto arrepentido de sus errores y abrazado al crucifijo.

Francia. El viernes, 23 del pasado, visitaron los Reyes don Alfonso y Doña María Victoria el Santuario de Lourdes, inesperadamente.

Don Alfonso era la segunda vez que entraba en aquel santo lugar.

El *Diario de la Gruta de Lourdes* trae interesantes detalles de esta visita.

Los Reyes estuvieron primero en la milagrosa gruta, donde oraron largo rato; de allí pasaron á la fuente, de cuyas saludables aguas bebieron, y á las piscinas; entraron luego en la iglesia del Rosario, y por último subieron á la Basilica. Aquí, puestos de rodillas, Don Alfonso con los brazos en cruz al lado de la Epístola y Doña Victoria al lado del Evangelio, oraron de nuevo.

Cuando se disponían á marchar, el señor Obispo de Tarbes, acompañado de su secretario, que se había advertido de la presencia de los Reyes de España, les salió al encuentro y tuvo con ellos una afectuosa entrevista.

El Prelado ofreció á Doña Victoria dos medallas de oro de la Virgen de Lourdes, una para la Soberana y otra para su augusto hijo.

Les invitó á renovar su peregrinación en el año próximo con motivo de las fiestas jubilaires, y refirió á los Reyes que á la misma hora que contraían matrimonio se celebraba por ellos una Misa en la gruta de Lourdes, que había encargado un personaje de la aristocracia española.

El Obispo de Tarbes dijo á Doña Victoria que uno de los mejores recuerdos de su ministerio sacerdotal, era el de haber servido de instrumento á la Providencia para la conversión del Príncipe de Hanan, primo de la señora, y añadió que entre los ascendientes de la Soberana existían los gérmenes de catolicismo que por la gracia del Cielo la ha traído al conocimiento de la verdadera fe. A lo que repuso la Reina: «Sí, monseñor, y doy por ello gracias á Dios todos los días».

Los Reyes partieron después de tan memorable visita con dirección á Cauterets, aclamados por la multitud, y acompañados hasta Pont Neuf por Mr. Desiderio Cardon, uno de los Hospitalarios de la gruta.

La Haya. *El Congreso de la Paz.*—El Congreso internacional de la Paz, de Munich, ha votado una serie de proposiciones importantes, una de las cuales merece ser especialmente conocida, porque se refiere á la cuestión de Marruecos.

En esta proposición se expresa el deseo de que Francia y España limiten su acción en el Imperio marroquí exclusivamente al restablecimiento del orden, á la protección de súbditos extranjeros y la organización de la policía.

Aunque ésta quede de un modo permanente, el Congreso confía en que el número limitado de las Potencias que en Marruecos intervienen bastará para conservar siempre el carácter internacional que á la policía le fué conferido en virtud del Acta de Algeciras.

SUMARIO: El peor de los Gobiernos.—Causas de la incredulidad actual y medios de adquirir la fe (continuación).—El fin de algunos tontos (cuento).—Metralla.—Noticias.
